

RESEÑA

Michelangelo Zaccarello, ed., *Teoria e forme del testo digitale*, postfazione di H. Wayne Storey, Carocci editore (Colección «Studi Superiori»), Roma, 2019, 213 pp. ISBN: 9788843096671.

MARCO PRESOTTO (Università di Trento)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopevega.540>>

La perspectiva digital en la práctica filológica supone, desde hace muchos años, una compleja reflexión metodológica que en escasas ocasiones ha desembocado en instrumentos divulgativos y formativos funcionales para la enseñanza universitaria. Los mismos estudios ecdóticos tienen en España una tradición relativamente reciente en lo que se refiere a las aportaciones teóricas. El *Manual de crítica textual* de Alberto Blecua,¹ marcó un hito, aunque su uso limitado en los planes de estudios es indicio del camino distinto que la filología ha recorrido en nuestro milenio. Sin embargo, justamente en la era de la fragmentación de los discursos adquiere aún más urgencia la necesidad de desarrollar una conciencia crítica en torno a la fiabilidad de las fuentes y los mecanismos materiales de constitución de los textos, actitud que precede e inaugura cualquier práctica hermenéutica. El evasivo marbete de «Humanidades Digitales» ocupa ya un lugar importante en la formación y en la investigación, alimentado por marcos institucionales que favorecen de manera creciente dicha orientación.

El libro de Michelangelo Zaccarello, catedrático de la Universidad de Pisa, se publica en una colección de carácter didáctico de la editorial Carocci, que desde hace varios años ha asumido una cierta preminencia en el ámbito de las publicaciones universitarias. Zaccarello tiene el objetivo de ofrecer un manual para el contexto italiano en torno al tema del texto digital, ofreciendo al lector una síntesis de las

1. Castalia, Madrid, 1983.

más recientes reflexiones de la crítica sobre sus formas, las potencialidades actuales y los peligros que encierra la abrumadora actividad de los últimos decenios. Para ello, el autor acude a una refinada selección, reducción y traducción (esta última a cargo de Greta Mazzaggio) de diez ensayos ya publicados en lengua inglesa por estudiosos pertenecientes al mundo científico anglosajón. La presencia de maestros consagrados de los llamados *textual studies*, tradicionalmente alejados de la escuela neolachmanniana que domina en Italia, confiere al libro un especial significado. La introducción de Zaccarello (pp. 13-31) ofrece un primer panorama de las cuestiones tratadas en el volumen, a partir de la inmensa incorporación en la red de textos digitales de diferente tipología y fiabilidad, por parte de entidades que responden a finalidades a veces muy distintas. La benemérita conservación del patrimonio cultural que anima a las instituciones públicas se cruza con el interés comercial de las empresas privadas a partir del monopolio de Google. Los proyectos científicos de carácter filológico (*digital scholarly editions*) oponen la calidad al preocupante crecimiento cuantitativo del poder computacional de la inteligencia artificial, que se alimenta gracias a la constante adición a la red de nuevas transcripciones digitales. Por un lado, está el texto y su codificación, que representa ya de por sí un «atto esegetico» (p. 22); por el otro, la conciencia de que nos encontramos ante una nueva textualidad, que el *medium* digital ha transformado profundamente en su misma semántica (p. 18). Entre los objetivos declarados del libro, está el reconocimiento de que la Filología, entendida aquí como la reconstrucción de los documentos literarios, también debe ocuparse de esta realidad, ya que el desarrollo de la técnica y la tecnología es intrínseco a la producción y difusión de los textos desde sus comienzos.

A partir de estas premisas, la impostación ecdótica de corte anglosajón del volumen está marcada por el primer ensayo, que es la traducción de una contribución clásica de 1984 de Jerome J. McGann, «Il testo “sociale” fra volontà d'autore e pubblico» (pp. 33-42), donde elabora su crítica al mito de la última voluntad del autor como criterio fundamental del editor científico. McGann pone el acento sobre el carácter “social” del texto, que cobra su forma tras la interacción con distintas estructuras y funciones que determinan su recepción. A partir de esta aportación teórica, siguen los capítulos dedicados a la textualidad electrónica. La contribución de Susan Hockey con el título «Le nuove dinamiche di edizione e lettura dell'era digitale» (pp. 43-55), publicada originariamente en 2003, se enfrenta con el tema del marcado de

los textos de carácter prescriptivo y descriptivo y las principales extensiones de uso común. La autora se concentra en el SGML y XML para subrayar la importancia y las limitaciones de la *Text encoding Initiative* (TEI), que se dirige especialmente a las Humanidades Digitales para la creación de textos electrónicos con marcados específicos en formato XML. La explicación del proceso que lleva desde el archivo XML al HTML (texto editado en la red), a través del protocolo DTD (*Document Type Definition*), es muy sintética y poco clara para una primera aproximación (p. 49). Con todo, ofrece una necesaria panorámica inicial que resulta bien documentada en las notas a pie de página, donde aparece una amplia bibliografía, así como referencias a herramientas en línea para mayores profundizaciones. La parte conclusiva del ensayo de Hockey se dedica a las imágenes digitales, tema que reviste una notable importancia en todo el libro, aunque aquí se centra en la relevancia de las informaciones contextuales y la necesidad de ofrecer «intellectual frameworks» (p. 54) para navegar de forma coherente en el archivo documental creado.

Muy afín al ensayo de Hockey es la contribución que sigue en el libro, a cargo de Paul Eggert, sobre «L'edizione come “cantiere” testuale: conservazione, edizione, restauro» (cap. 3, pp. 57-70), publicada originariamente en 2005. Eggert propone algunas reflexiones teóricas sobre la modalidad de creación de los textos digitales, para evidenciar que se sigue manteniendo, en gran parte, el paradigma del libro impreso. La búsqueda de una teoría de los textos *born digital* es un tema actual de la investigación al que el autor aspira a contribuir; esto supone una perspectiva diacrónica de las diferentes épocas de la textualidad electrónica, que la práctica filológica deberá tener en cuenta (p. 62). Eggert recuerda que los textos nunca son iguales a sí mismos en los diferentes formatos en los que se transmiten y reciben, y esto complica o hasta imposibilita un marcado exhaustivo, que se convierte por lo tanto en una acción selectiva e interpretativa (pp. 63-64). De allí nace el proyecto colaborativo *Just-In-Time Markup* (JITM) basado sobre un marcado *stand-off* que, según Eggert, permite ampliar el espectro de la interpretación; la presencia de esquemas es útil (p. 66), pero su comprensión no es inmediata para un lector inexperto. A la textualidad digital y los problemas de marcado, se dedica también el ensayo de Peter Shillingsburg, de 2014, aquí traducido con el título «La svolta digitale e lo studio della letteratura nel nuovo contesto» (pp. 71-84). Frente a la imposibilidad de transmitir digitalmente todas las características materiales del soporte del texto editado, el autor subraya la importancia del archivo digital como instrumento cien-

tífico insustituible junto a la edición, obviamente integrado con una oportuna descripción (metadatos). Shillingsburg recuerda que el marcado XML fue creado para transmitir informaciones semánticas y funcionales y no las que se refieren al aspecto visual, que en cambio pueden ser esenciales en la labor ecdótica (p. 82). Por este motivo, sugiere un uso mínimo de marcado textual, que permite la reutilización a través de un *stand-off markup*, pero también propone la importante distinción entre un marcado “semántico” y otro “visual”, para dar cabida a estas dos modalidades de considerar el texto en su materialidad (p. 83).

La creación de ediciones científicas digitales en el contexto actual de interconexión constante ha implicado la formación de proyectos en equipo que se han configurado de distintas maneras. Sobre las oportunidades y los riesgos de estas tareas reflexiona Peter Robinson en su ensayo de 2016, aquí publicado con el título «Il contesto “collaborativo” degli studi letterari e la dimensione “sociale” delle edizioni scientifiche» (pp. 115-134). A partir de un recorrido de carácter bibliográfico que tiene en cuenta también las consideraciones de McGann ya citadas (ver cap. 1), ofrece algunas referencias interesantes sobre instrumentos de transcripción colaborativa y proyectos destacados (pp. 120-122). Robinson constata que el concepto de “edición social” puede perjudicar la autoridad del resultado si no se le otorga una responsabilidad concreta a un estudioso específico, que puede coordinar una labor colaborativa. Por lo tanto, este carácter social de la edición puede funcionar en una fase posterior a la publicación, para la implementación de un debate sobre el texto fijado (p.133).

Desde la perspectiva de la historia de la escritura, Matthew Kirschenbaum se dedica en un ensayo de 2016 a ofrecer unas consideraciones sobre «La letteratura *born digital*: gli scrittori e il Word Processor» (pp. 85-94). Los diferentes programas de videoescritura, que desde los años ochenta del siglo pasado nos han acostumbrado a la desmaterialización del acto mismo de la creación literaria, pueden verse como una estratificación de fases históricas, que necesariamente tendrán que ser objeto de atención por parte de los editores críticos. Las formas de interacción, coexistencia y convivencia del procesador de textos con otros instrumentos son hoy parte de esta historia y pueden tener un significado profundo, como ocurre con los muchos autores que usan máquinas de escribir o el bolígrafo. Los ejemplos citados se limitan al mundo anglosajón, pero son muy sugerentes (McCarthy y Auster, entre otros).

La segunda mitad del libro se caracteriza por una focalización sobre el tema de la digitalización masiva de los libros en la red, sus implicaciones éticas y jurídicas, así como su fiabilidad para la labor científica. Maurizio Borghi y Stavroula Karapapa, en un ensayo de 2013 titulado «Dal cartaceo al “digitale di massa”: biblioteche virtuali, diritto d'autore e il caso di Google Books» (pp. 95-114), se ocupan de las grandes bibliotecas virtuales, magna labor que interesa a la casi totalidad de las instituciones que se ocupan de la conservación del patrimonio cultural. El objetivo es supuestamente el de construir una biblioteca universal perenne y accesible a todos, pero se trata de una utopía. Las diferentes fases tecnológicas, en las que se han realizado hasta ahora las digitalizaciones, producen inevitablemente *corpora* de distinta fiabilidad y accesibilidad. Además, el sistema económico neoliberal está al acecho; el ejemplo del monopolio de Google Books es emblemático, ya que su labor está probablemente dirigida a alimentar la inteligencia artificial, cuyo valor económico y político en el futuro podrá marcar la diferencia en cualquier actividad humana (p. 109). El tema de los derechos de autor, que ha impedido el desarrollo esperado de proyectos públicos de gran alcance como Internet Archive, Europeana o Digital Public Library of America, no resulta ser un obstáculo insuperable para las empresas privadas, cuya ética se ajusta constantemente a las exigencias del mercado. Desde el punto de vista del estudioso y de la comunidad científica está, por un lado, la necesidad de proseguir con la digitalización en masa por sus infinitas ventajas para la investigación y la conservación del patrimonio; por otro lado, está el reconocimiento legal de los derechos de autor, que es esencial en la relación entre el escritor y su lector (p. 105). El ensayo describe los caminos actuales para resolver esta dicotomía y también apunta a la calidad de los textos digitalizados de forma masiva, tema que desarrolla de manera más completa Diana Kichuk en su contribución de 2015, aquí traducida con el título «Quantità e qualità dei testi online: il problema della digitalizzazione di massa» (pp. 135-167). La autora propone un estudio muy técnico, pero de gran interés porque remite a la importancia desigual que los usuarios dan a la fiabilidad del objeto digital que tratan. Si las fuentes de cualquier repositorio, indexación, base de datos o edición crítica no son totalmente fiables, el mismo proyecto pierde calidad científica. A menudo, este aspecto está infravalorado en aras de la obtención de un resultado cuantitativamente significativo y realizable en un plazo reducido. La autora ofrece un listado de los formatos presentes en los principales repositorios de área anglosajona (p. 140), aclara algunos aspectos delicados del me-

canismo de funcionamiento de lectura OCR (pp. 150-152) y ofrece varios ejemplos sobre la calidad de los *e-books* creados automáticamente a partir de la transformación del papel al formato digital, así como del establecimiento de los metadatos realizado sin la intervención manual. El resultado es, en su opinión, extremadamente alarmante por los defectos encontrados estadísticamente. Para ello, propone la adopción de estrategias colaborativas como el *crowdsourcing* (p. 165). Ante la constante implementación incontrolada de datos en la red, Kichuk apuesta por la actualización sistemática de los metadatos técnicos y descriptivos existentes, así como por la inserción de indicaciones exhaustivas sobre la fuente de los archivos digitalizados, para que la tradición textual a la que remiten los *e-books* pueda ser identificada de manera inequívoca. Estas consideraciones se enlazan perfectamente con el ensayo que sigue en el libro, a cargo de Paul Conway, de 2012, con el título «La conservazione nel contesto digitale: quale protocollo di qualità per le biblioteche virtuali?» (pp. 169-196). El autor amplía el tema en la dirección de los estudios de Documentación, y propone un posible modelo para medir el nivel de error que se produce en la digitalización, a partir de las distintas tipologías y gravedad de los defectos encontrados en el corpus considerado, que se describen y analizan. La aplicación del modelo a Google Books en comparación con Internet Archive demuestra con creces la mayor fiabilidad del segundo con detalles dignos de interés.

El último capítulo del libro está firmado por Jerome J. McGann. El título es indicativo de la perspectiva ecdótica del coordinador del volumen: «Ritorno alla filologia. La memoria del passato nel contesto digitale» (pp. 197-208). Es un ensayo de 2014 en el que, con la máxima autoridad, el maestro estadounidense apela a la conciencia crítica de la comunidad científica sobre los límites de las Humanidades Digitales, especialmente en el ámbito de práctica ecdótica. La ilusión de poder realizar un estudio exhaustivo solamente con las reproducciones de los documentos es totalmente engañosa. El autor acude a ejemplos de su propia biografía para recordar lo imprescindible que es acceder materialmente a las fuentes, por la infinidad de datos extraíbles que nunca el sucedáneo digital podrá transmitir en su totalidad. McGann subraya que solamente la Filología, entendida aquí en particular en su acepción de «crítica textual», es la verdadera depositaria «del ricordo concreto dell'importanza della memoria» (p. 206), en una época basada sobre un constante presentismo y la fragmentación de los discursos. Ante esta complejidad social y cultural, la opinión que insiste en que tienen que alimentarse proyectos formativos

marcados por el dominio de las Humanidades Digitales es un error, según uno de los padres de esta disciplina, mientras que la educación en la textualidad, los procesos creativos y la historia del libro son exigencias más urgentes en la era de la inteligencia artificial (p. 206).

El libro a cargo de Zaccarello cuenta con una postfacio de H. Wayne Storey, actual presidente de la *Society for Textual Scholarship*. La nota hace de corolario a la impostación crítica de todo el volumen, ya que aclara la perspectiva metodológica y geográfica de todas las contribuciones. Storey hace un breve pero aclarador recorrido por la historia de los estudios textuales en el contexto anglosajón, que conecta con las evoluciones en el ámbito digital y pone en relación con la tradición filológica italiana. Vuelven en esta contribución conclusiva algunas referencias a los ensayos del libro, en especial a la dificultad por parte de los estudiosos de desarrollar una idea de edición crítica digital que supere el modelo en papel para llegar a un *digital thinking* que aproveche realmente todas las potencialidades del medio informático.

Respetando las premisas ofrecidas en la introducción, el volumen cumple sobradamente con la función didáctica que se ha prefijado, ya que presenta un panorama muy amplio de las distintas perspectivas en torno a la textualidad digital. Puede que el lector no especializado encuentre en el libro algún desequilibrio en el tratamiento de los distintos temas, que no resultan siempre de fácil acceso, pero en él se ofrecen los instrumentos para una aproximación más elemental a las cuestiones tratadas, gracias a las muchas referencias bibliográficas. Es verdad que el planteamiento declaradamente centrado en el punto de vista anglosajón contrasta con el título genérico del volumen, ya que teorías y formas del texto digital han sido elaboradas por estudiosos del área romance con resultados dignos de atención, sobre todo para un lector italiano, a partir de las contribuciones de Domenico Fiormente, Francesca Tomasi y Roberto Rosselli del Turco, entre otros, recientemente reunidos en un libro publicado en la misma colección a cargo de Fabio Ciotti, *Digital Humanities. Metodi, strumenti, saperi*.² También España tiene su correspondiente actividad especulativa que puede resultar de gran interés en el debate internacional y en la actividad formativa, a partir por lo menos del fino y entretenido ensayo de José Manuel Lucía Mejías, *Elogio del texto digital*,³ y gracias a la benemérita

2. Carocci, Roma, 2023.

3. Fórcola, Madrid, 2012.

actividad de la Asociación hispánica de Humanidades Digitales. Con todo, la comunidad académica necesitaba un instrumento didáctico de alto nivel sobre estos temas, que está ahora a disposición de los interesados con una bibliografía final de gran utilidad. Hay que agradecer a Michelangelo Zaccarello su generosa labor de recopilación y reorganización, y la traducción atenta de Greta Mazzaggio, además de las utilísimas aclaraciones que salpican el texto para dar mayor coherencia al conjunto de las contribuciones.